

Paseo

Carlos Surghi

Universidad Nacional de Córdoba - CONICET

Nuestro verdadero yo no está por entero en nosotros.

Jean-Jacques Rousseau

Sobre el final de su vida un proyecto obsesiona a Jean Jacques Rousseau, ni más ni menos que describir el estado habitual de su alma “en la más extraña posición en que pueda encontrarse jamás un mortal” (*Las meditaciones* 27). Esa posición no es otra que la del desdichado, el maníaco, el paranoico que desconfía de las ideas que él mismo impulsó con ingenuidad, y que ahora, de repente, con amargura, le muestran en cada hombre un traidor. El Rousseau del escándalo dista mucho del que se oficia en copiar música; el de las ideas radicales, mucho más del botánico; ni qué decir, en su conjunto todos ellos de aquel que se pasea por las inmediaciones de París señalando que “todo cuanto es exterior a mí me es extraño” (22). Distante, distraído, acongojado por la fortuna y exento de corresponder en algo y a alguien, Rousseau fantasea consigo mismo; es decir, se vuelve su propio y último tema de interés cuando señala de modo casi irrevocable “he sido hecho para vivir y muero sin haber vivido”.

A tal nivel llega entonces la invención de su intimidad, que el realismo introspectivo que ejecuta guarda para su interior atormentado la figura de un alma que desea saberlo todo; pero que también quiere a la vez que eso extraño que lo rodea igual lo sepa. Dejar un perfil de sí para los otros, aun cuando alejarse de ellos lo seduzca a uno, es el último esfuerzo que el autor de *Emilio* se demanda. Por eso no duda en volver espectacular su intimidad; alejado ya de leer en público las *Confesiones*, ahora solo puede mostrarse pensando en medio de la exterioridad, aunque pensar en esa exterioridad sea una especie de sustracción respecto del presente. Y es porque caminar y atender a las fantasías que esas horas de ocio le deparan no es más que plegarse a la obsesión final que lo aqueja: ¿dónde está el yo que verdaderamente soy? ¿Cómo traer desde el pasado lo que he sido? ¿Hacia dónde ir

para saber lo que seré cuando desaparezca? Rousseau está entonces en el *punto meditativo*, en la encrucijada de una intersección que hacia atrás o hacia adelante conduce indefectiblemente hacia él mismo. Punto de extravío si los hay la duda respecto del yo; pero también punto donde lo que comienza es el advenimiento del final, ¿seré realmente eso, un simple yo, nada más que un yo, tan solo un yo y solo eso? En todo caso, tal advenimiento es seductor pues, por decirlo de algún modo, solo puede perseguirse para al fin desentrañarse. Paso a paso, ensueño tras ensueño, en el mundo, pero lejos de él, Rousseau no duda en señalar que “estas horas de soledad y de meditación son las únicas del día en que soy plenamente yo” (*Las meditaciones* 27); tal vez porque en la aventura de tal inmanencia, encuentra al fin la justificación que lo lleva a afirmar “soy lo que la naturaleza ha querido” (27), y ese deseo de la naturaleza, exento de todo yo, pero rodeándolo todo, le alcanza.

Pero pasear por el pasado de la propia vida no es solo una acción evasiva, una estrategia de repliegue o retirada que en su movimiento hace del lugar que se ocupa la larga proyección de una sombra fantasma; también pasear por el pasado es la corroboración de un modo de existir a la sombra de ese pasado, es saber que ese pasado interpela a dicho fantasma. Así el existir meditativo es el que hace del ocio reflexión y, por supuesto, del ensueño un *método* para nada sistemático. Que Rousseau les imponga un ritmo a sus recuerdos, que su autoanálisis se trame paso a paso y con las sugerencias del día, con la particularidad de las horas, con el paisaje indiferente pero animado que envuelve sus distracciones, es una opción por el *método* en el sentido de una frecuencia y una reiteración; pero también podríamos decir que ahí mismo contemplación y manía se encuentran en provecho del rigor y el placer, de la distracción y lo útil que convocan. Abandonado por Hume, injuriado por Voltaire, consciente de que la propia imaginación marchita, entregado al recuerdo antes que a la invención, ganado por una tibia languidez que debilita toda facultad antes de su desmoronamiento, el viejo Rousseau encuentra en la egolatría un principio de felicidad; un extraviarse propio del melómano que ahora, en su último acto, solo puede ejecutar la propia música, esa música que lo lleva a entonar la versión de sí que contrasta con los chillidos del exterior, con lo que llamaríamos las disonancias del mundo.

Un 24 de octubre de 1776, Rousseau es embestido por un gran danés que corre locamente al costado del carruaje de su amo. El hecho, que podría

haber sido anecdótico, es mucho más que una simple fatalidad con suerte. El filósofo dice no recordar nada; ni el golpe, ni la caída, ni lo que siguió después. Se ha salvado de milagro; algo que en verdad debemos entender con la renuencia irónica de todo aquello que escapa a nuestro cuidado. Al despertar, para el filósofo la primera sensación fue mucho más que recordar quién era. “Nacía en ese instante a la vida y me parecía que llenaba con mi ligera existencia todos los objetos que percibía” (*Las meditaciones* 31), señala evocando la experiencia de Montaigne al caer de su caballo doscientos años antes, como si entre ambos, ahora, hubiese más que una simple coincidencia. Sin saber quién es, ni dónde se encuentra, sin ver diferencia alguna entre él y el mundo que lo rodea, el filósofo despierta por segunda vez a la vida, aunque esta vez lo que ve está recubierto de una pátina de fantasía. Nace a la fortuna entonces, pero también a la ligereza de la ventura, a un mundo sin orden alguno.

En realidad, el ensueño (*rêverie*) al que nace no es más que el procedimiento del yo moderno para interrogar lo que tal vez ya no le pertenece: la propia vida. La ligereza, antes que la gravedad, supone un modo de volver a mirar los objetos que lo rodean. Pero como todo, nada ya es estático, ni el olvido, ni el tiempo, ni la fortuna ni la memoria; lejos está el museo de lo perdido, más cerca, la selva de la desventura. Atento a ello Rousseau señala que en sus paseos solo se dejaba llevar y “derivar a capricho de la corriente, algunas veces durante varias horas, sumido en mil ensueños confusos, aunque deliciosos” (*Las meditaciones* 46). De todo esto no cabe más que deducir que tales visiones “sin tener ningún objeto muy determinado ni constante, no dejaban de ser en mi opinión, cien veces preferibles a todo lo que había encontrado de más dulce en los placeres de la vida” (47). Extraviarse y vagar, obstinarse en sí mismo y desentenderse de todo lo anterior –una historia, un malentendido, la perspicacia propia y ajena que en la filosofía vuelve famoso a nuestro nombre– no deja de ser un hecho del mundo otorgado por azar al más mortal de los sujetos. Pero salvarse de la muerte y volver a la vida transformado por voluntad del azar es mucho más. Sin embargo, ese mismo azar es la justificación que Rousseau necesita para comenzar consigo mismo por donde más le plazca: un párrafo de Plutarco, un accidente, cierta impresión de la atmósfera a su lado como niebla o rumor del discurso que los demás mortales vociferan sobre su naturaleza, los truenos en el horizonte de un día; todo es susceptible de impulsar el *paseo* por

el espacio que en verdad es también un *paseo* en la profundidad del tiempo. Pero como esa profundidad está dada por el pasado, y éste cada vez está más lejos, un detalle en el recuerdo llama a discernir entre verdades generales y verdades particulares que, rápidamente, lo devuelven al país de los filósofos del cual Rousseau creía alejarse en un exilio feliz. Tal vez por eso la figura del paseante por momentos se desdibuja en el borde mismo al cual ha llegado y en donde el sistema de las ideas parece también disolverse en un simple abrir y cerrar de ojos. Ahí los principios abstractos aún son dueños de Rousseau; todo debe responder a una finalidad, un cumplimiento, el contorno de una imagen de sí mismo que lo tranquiliza ya que quedará para la eternidad ceñido a la razón de ser de su tiempo que dice “en el orden moral nada es inútil, como tampoco en el orden físico” (59). ¿Caminar en función de qué, entonces? ¿Fantasear a cuenta de quién, por cierto? ¿Si el yo ni siquiera es una sustancia? ¿Si lo que ahora nos guía es la mera fantasmagoría? Sin embargo, la pregunta que sobrevuela los paseos de Rousseau es otra, acaso más punzante. ¿Cómo desde la verdad del corazón derivar una verdad lo suficientemente general, pero a la vez única, propia de esa experiencia que vuelve a ver los objetos por primera vez –esa experiencia que cree ser dueña absoluta del pasado bajo otra luz cambiante y singular– y que, como tal, no sea otra cosa más que la verdad de todos los hombres encarnada en un desdichado mortal? Por supuesto, Rousseau dejó inconclusos sus ensueños; aun así, en el temblar de su pluma, similar al estremecimiento de su caída, señaló una orientación a tener en cuenta para quien se atreva a escribir sobre sí mismo: “algunas veces presté a la verdad encantos ajenos” (69).

* * *

Una o dos veces a la semana y por unas cuantas horas me pierdo en un paseo rutinario, monótono, similar en sus manías y costumbres sobre las cuales no reflexiono, sino que, como un automatismo que me gana, un impulso primitivo y placentero que me extravía, sigo de modo indolente tras sus *encantos ajenos*. Temprano dejo a mi hijo en la guardería. Nos separamos practicando los mismos pasos para nuestra despedida. Soltarse de mi mano, con timidez reconocer a su seño, ingresar en su primer mundo fuera de nuestra casa; mientras que yo por detrás lo miro irse y dar media vuelta para tal vez, con su gesto adusto, recordarme que vuelvo a ser, por unos instantes,

el yo que era antes de que él viniera: alguien demasiado ausente, silencioso y escéptico de cuanto lo rodeaba que, como el viejo Rousseau, se creía el tema más importante del mundo antes de que el mundo le mostrara la fragilidad de todo.

Si es finales del verano o comienzo del otoño la luz del barrio me acompaña como el primer destello de un tiempo benévolo. Las cuadras que siguen, las veredas sin nadie, la calle abierta, todo y nada en el despliegue geográfico no es más que lugares de ayer otra vez en el mismo lugar de hoy. Aunque está el impulso de los constantes proyectos que al calor del ánimo se inflaman o simplemente se postergan: el ocio matutino, la entrega al extravío que hace uso del tiempo de un modo egoísta, la sostenida lectura en clave de distracción y los ritmos de la prosa como el atajo necesario para resguardarme de que las obligaciones me ganen. Con eso me basta para aventurarme cada día de nuevo tras algo que hace años persigo: la distinción hecha de palabras, un conjunto de sensaciones que reclaman la invención de un lenguaje. Yo lo llamo *desvío*; acción de precipitarse por el costado del lado de lo seguro, por la senda perdida. Pero hay que llegar a ello, y conquistar ese punto del realismo que en su reiteración esconde lo diverso. ¿Qué es si no perderse en uno? ¿A cuenta de qué caminar sin apuro si no es hacia ese pliegue de lo íntimo oculto en lo diario? Pasear es entonces buscar la orientación al lugar en el cual lo que somos gravita alrededor de su potencial extrañeza. Uno pasea nada más que para exponerse a ese riesgo de encontrar con desagrado algo que no sabíamos que éramos. Ya sea al seguir el ocio, el aturdimiento o el solipsismo, la intermitencia del presente o el bloque brumoso del pasado cual un faro recubierto por la niebla cerrada que emerge para colisionar con nosotros, hay efectivamente un alejamiento en el ritmo que nos conduce a los encantos ajenos que Rousseau tenía para dar forma a la máscara de su verdad.

Tanto el ensueño como el encanto que impulsan el simple pasear no son más que distracciones, diagonales evasivas por donde la atención se vale de quimeras, objetos, la impresión y la materialidad de una dirección más intensa que cualquier esmero laborioso al unir puntos distantes. El mundo del paseante es entonces una puerta abierta a la pérdida del tiempo. Al menos así lo experimento cuadra tras cuadra mientras lo mismo de siempre pasa ante mí, pero indicando que yo, el que antaño paseaba sin reparo alguno, ya no soy el mismo, y por supuesto, nunca lo seré en el decurso del paso

a paso ininterrumpido que me espera. Por cierto, hay entonces dos tipos de paseantes, ingenuos y sentimentales. Los primeros son consecuencia del impulso, la diletancia y el sin apuro porque justamente los puntos a unir en un mapa no son más que excusas a veces ignoradas; los segundos resultan de un esfuerzo por lograr imprimírle a lo que se contempla una orientación, una utilidad imposible de intercambiar, solo acuñable en el sistema de valores y medidas del tiempo que para ello empeñan. A uno y a otro les siguen las variaciones del carácter; caminantes desatentos, pero también veloces, hacen a la peligrosidad del desplazamiento; pero, a la vez, el caminante reflexivo no es más que un notario del entorno, acaso alguien desatento al hecho mismo de caminar. Por lo cual, cuando se camina no se contempla lo circundante, más bien se acciona la potencia de un verbo; necesariamente caminar no es ir hacia, en una idea de futuro allí donde la ecuación del tiempo y la distancia se cruzan una y otra vez de forma iterativa; caminar es tal vez estar en uno, decretar un goce sumamente privado. Las hojas en los árboles que anuncian la primavera, o el cese del viento que amontona y dispersa nubes, son simples datos de lo circunstancial; en verdad lo intransitivo de la acción recae siempre en el sujeto: caminar por caminar. Si más allá el almacén de la esquina no abrió, o si el linyera del umbral aún no despierta al pasar uno con paso relajado y constante, son simples sucesos que no llegan al estamento de la anécdota. Lo anecdótico del caminar es necesariamente uno; uno es el lugar hacia donde se va. Lo anecdótico del caminar, que irrumpe cuando no se va hacia ninguna parte, es lo que importa; solo así el caminar gana en pasado, se hace costumbre, nos pertenece o se desea conquistar; finalmente, se vuelve *paseo*.

Cuando Robert Walser emprende su paseo lo que lo atrae es “el reposo y todo lo que reposa” (*El paseo* 23); es decir, lo que desde el punto de vista del movimiento dura apenas unos instantes, aquello que nos otorga la conciencia de desplazarnos al alejarse lo que parece anecdótico; lo que al rabllo del ojo vemos como el fognazo del pasado, el olvido momentáneo de un instante, la distracción feliz de un rasgo oculto y a la luz. Entonces la ciudad, la calle, una vidriera –sea de una casa de sombreros con penachos que tiritan, cintas flameantes de ornamentos; o sea la vidriera de una carnicería con el bamboleo de sus embutidos negro y rosa brillante en el exótico abanico de las salchichas centro europeas– no son más que objetos que se acumulan en la atención puesta al caminar. Pero ¿hacia dónde conduce el paso a paso

sostenido como una música que progresa y se extingue si cada instante vale en un flujo que los vuelve indistintos? ¿Qué fin se persigue en el caminar que no tiene fin? El fin de Walser es el almuerzo, una visita, sentarse a la mesa en compañía, una invitación que recuerda y que intempestivamente lo lleva a detener todo y largarse a caminar por las calles, las afueras, los jardines, las sendas donde la ciudad y el bosque se suturan de un modo casi indistinto; pero entremedio lo que se interpone hace a la condensación del relato —una visita al correo, el pago de impuestos, la discusión con un sastre y hasta el encuentro con un gigante— relato que, por otro lado, no es como se creía una miniatura urbana, una sátira de las convenciones a la vista de la sensibilidad única de Walser; sino que es una miniatura de lo fortuito, un friso de cierto procedimiento singular al que llamamos suerte, o destellos súbitos, ya que, “al pasear, muchas ocurrencias, relámpagos y luces de magnesio se mezclan y se encuentran con naturalidad para ser cuidadosamente elaboradas” (18).

A la vista de todo paseo está entonces lo que se observa no por su contorno de forma sino por su destello de irrupción. Más de una vez, bajo la sombra que se apodera de un lado de la vereda, luego de dejar a mi hijo y caminar con rumbo o sin él, una frase súbita me ha invadido. Por supuesto, no la buscaba ni iba por ahí tras ella, tampoco sé muy bien qué la disparó —acaso el abandono de un jardín en el frente de una casa, la impronta de una puerta vista por primera vez en el fondo de un pasillo, o quizás la fuga de un gato por una rama desnuda y delgada. Lo cierto es que ante tales momentos sólo cabe la certeza de que el lenguaje pareciera plegarse al desplazamiento del cuerpo, buscar un ritmo sin sentido, adherirse a una materialidad que le es indiferente o que en secreto pedía por él de un modo compulsivo que nos excede. Lo extraño también es que, al apoderarme de esas frases —que son balbuceos, masas informes de palabras a mitad de camino y sobre una endeble estructura gramatical— encuentro siempre una resonancia con lo que estoy escribiendo. ¿El azar obsequia silogismo, argumentos, digresiones, simples hilos de voz venidos de vaya uno a saber dónde y que, aun así, nos atraviesan rumbo a ningún lado? No lo sé y no me gusta descartar la probabilidad de que sea cierto. Es entonces cuando dudo si entre lo que veo venir cual advenimiento discursivo y lo que escribo como resistencia a toda utilidad no hay una involuntaria correspondencia. El ensueño de todo paseo pende de los obsequios que la gratuidad pone ante nosotros. Los paseos de Walser estaban llenos de coordenadas que él mismo iba revelando

o estableciendo, como si al andar leyera una prosa de los relieves del paisaje, o como si captara ondas flotantes de un lenguaje secreto que luego llevaría al papel: “‘Todo esto’, me propuse en silencio mientras me detenía, ‘lo escribiré después en una obra de teatro o en una especie de fantasía que titularé *El paseo*. Concretamente esta tienda de sombreros de señora no podrá faltar en modo alguno. De lo contrario perdería un elevado estímulo pictórico, y sabré evitar esa falta, rehuirla y hacerla imposible” (*El paseo* 28).

Con que una sola de esas frases provenientes de la fantasía de mis vagabundeos me gane por un instante, soy feliz. A veces quiero retenerlas del modo mismo en el que me fueron entregadas, entre ritmos imperfectos, ambivalencias semánticas y hasta oscuridades propias que hablan más de un estímulo sonoro que de un fondo de sentido. En uno de sus aforismos, Wallace Stevens decía de la poesía que era un pavo real del cual solo vemos sus plumas. Las frases del caminar se escapan, son una anguila que se escabulle, o como ese pájaro muy tímido, rehúsan dejarse ver y muestran solo las plumas de su huida. Sin embargo, otras es posible reconstruirlas, tramar algo parecido a ese destello verbal que cruzó ante nosotros. La mayoría de las veces, la repetición hace a la conservación, y al fin, al anotarlas, es como si uno hubiese descubierto una rara especie que se creía extinta, oculta en el fondo de un bosque, por años nunca más vista u oída. Pasear es entonces la preparación del relato; tramar el azar de lo que viene por decir y que no sabemos muy bien si nos pertenece o no. Pasear es oír el bosque de correspondencias, prestar atención a ellas, retrasarnos y comenzar de nuevo, pero ya en el trajín de la ciudad, en una segunda naturaleza que confunde lo escuchado.

Bibliografía

- Rousseau, Jean Jacques. *Las meditaciones del paseante solitario*. Barcelona: Editorial Labor, 1976.
- Stevens, Wallace. *Aforismos completos*. Barcelona: Lumen, 2011.
- Walser, Robert. *El paseo*. Madrid: Siruela, 2015.